

# ¿REJUVENECIMIENTO DE LA IGLESIA?

Pablo VI, tres días antes de salir para su viaje a Extremo Oriente, ha modificado el reglamento de la Asamblea de Cardenales encargados de elegir al futuro Papa.

La reforma entraña que los Cardenales que tengan ochenta años, o más, se verán privados del derecho de elegir Papa a partir del primero de enero de 1971, y tendrán que abandonar sus puestos de la Curia Romana.

De 127 miembros que tiene actualmente el Colegio Cardenalicio, 25 Cardenales son afectados por esta decisión de Pablo VI, y en 1971 se añadirán otros cinco nombres más, de modo que treinta Cardenales serán privados de estas prerrogativas.

Algunos se preguntan: «¿Qué consecuencias puede tener esto para el futuro de la Iglesia?».

Esta medida traerá un aire aparentemente más juvenil en la burocracia vaticana, y a la hora de seleccionar la persona del futuro Papa, cuando Pablo VI muera o se retire. Pero la verdad es que la cifra de ochenta años es a todas luces insuficiente, y resulta un cañonazo que se convierte en salvos de pólvora.

No sería extraño, ciertamente, que el Papa Montini tuviera un gesto, al llegar los setenta y cinco años, poco frecuente en los Papas: la renuncia al más alto cargo dentro de la Iglesia católica, dando así ejemplo a los muchos obispos que, siguiendo su deseo, se han retirado a esa edad. En estos días se ha hablado mucho de ese posible retiro de Montini, y, sin duda, queda dentro de lo probable y aun de lo bastante probable.

Otro fenómeno será la «deseuropeización» relativa del Cónclave. Porque los europeos han quedado reducidos a la mitad de todo el Colegio Cardenalicio (habiendo sido hasta ahora los tres cuartos); los americanos disminuyen; los afroasiáticos quedan invariables en número, lo cual supone que su porcentaje aumenta, y quedará un 25 por 100 de italianos. Todavía con ello no se consigue un reparto geográfico adecuado, ni tampoco una presencia cultural suficientemente pluralista; será un modesto avance hacia un pluralismo mejor repartido, que apenas influirá en la elección del futuro Papa.

Si Pablo VI nombrara —como parece lógico— nuevos Cardenales, dentro de una tónica más joven y mejor repartida, este proceso de cambio se aceleraría algo más. Pero lo que ocurre es que las medidas tomadas son tan tímidas que apenas resuelven nada.

Una cosa parecida —pero mucho más decisiva para la Iglesia— ocurre en otro ámbito completamente diferente: el de los sacerdotes en los países tras el telón de acero. Las vocaciones han aumentado notablemente desde la guerra mundial, y la edad media de los sacerdotes católicos que allí viven ha disminuido por ello notablemente. Y se nota un importante y decisivo incremento en el número de seminaristas que se ordenan en aquellos países, a diferencia de lo que ocurre en las regiones occidentales, donde los sacerdotes jóvenes son cada vez menores en número por carencia de suficientes vocaciones.

En una crónica, E. Monsalve en «Ya» nos decía que el número de sacerdotes hoy en Polonia es tres veces más que antes de la guerra mundial última. Y cosa parecida se puede decir de Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, etcétera.

Este hecho sociológico debe hacernos también reflexionar sobre los esquemas verdaderamente superficiales que hemos utilizado para juzgar las situaciones que son más favorables al desarrollo religioso. Creíamos inocentemente que allí donde el proteccionismo a la religión católica estaba más desarrollado era el campo más propicio para el florecimiento religioso, entre otras cosas, para el desarrollo de las vocaciones sacerdotales. Ahora, en cambio, empezamos a darnos cuenta de la intuición de Juan XXIII, que —con un poco más de sensibilidad histórica que nosotros— dijo que la protección externa a la Iglesia no había dado tan buenos resultados en la historia como se pensaba hasta ahora muchas veces. Observación que he repetido en varias ocasiones y que no me cansaré de repetir, porque parece que nos cuesta trabajo comprender que la realidad es influida de muy distinta

manera —a como pensamos— por los esquemas de privilegio y protección a la religión que solemos vivir en los países de tradición católica como el nuestro.

Ahora que tanto se habla del Concordato y de su renovación, no sería malo que nuestros obispos y altos eclesiásticos —así como nuestros católicos tradicionales— pensasen eso que ocurre en estos países del Este, y concretamente en Polonia, donde, «aunque la Iglesia está separada del Estado, esto no limita en nada la vida religiosa del país» («Ya», 21-XI-1970).

Un signo positivo de avance hacia un cierto rejuvenecimiento en las posturas del catolicismo son las conclusiones de la Semana Social de los católicos italianos celebrada en Brescia, la ciudad natal de Pablo VI.

Allí se ha dicho, en la conclusión final, que existen «graves desequilibrios económicos y sociales» en nuestro mundo occidental, y cuya causa principal está «en la lógica misma de la producción industrial».

Para resolver este problema piensan estos católicos que la lógica materialista —de tipo mecanicista y, por tanto, inhumana— debe ser sustituida por «la lógica del progreso humano».

Y, ¿cómo hacer esta sustitución? Sin duda llegando a «una auténtica revolución cultural, que sea gradual, pero radical, y que eche por tierra los valores culturales que todavía dominan (como son el lucro privado, el afán de placer egoísta, el autoritarismo y la utilización del hombre como un instrumento), reemplazando estos valores por aquellos que son fundamentales y permanentes de la persona humana: la justicia, la libertad y la solidaridad». (La palabra «gradual» quita, sin embargo, mucha fuerza al texto.)

Las motivaciones, inducidas por el medio ambiente a los que trabajamos y vivimos en la sociedad de consumo occidental, debían ser mejor y más radicalmente analizadas por los católicos que viven en esta sociedad industrial de consumo, para darse cuenta de la inconsecuencia que existe entre el hombre fraternal del Evangelio y el hombre egoísta y despiadadamente cruel que ha creado la organización económico-social capitalista o neocapitalista.

Por eso esta Semana Social, que casi siempre ha pasado sin pena ni gloria, en este año se hace eco de esa corriente revitalizadora que se manifiesta cada vez más entre un grupo de católicos que están dispuestos a hacer en sí mismos un verdadero lavado de cerebro —aunque todavía con demasiada parsimonia— que les limpie de tantas y tantas ideas y creencias humanas alienadoras, transmitidas por una educación falseadora de la apertura dinámica del Evangelio.

Incluso, en vez de hacer apologías históricas o metafísicas discutibles del cristianismo, convendría que los creyentes se percatasen de la gran verdad que se ha dicho en esta Semana Social: «El mensaje cristiano se hace creíble para el hombre de la civilización tecnológica solamente en la medida en que sea capaz de dar una respuesta a los grandes problemas de la existencia, y solamente en la proporción en que se muestre capaz de trabajar eficazmente también por la liberación y la promoción del hombre».

Por eso, si bien algunos signos —más o menos ambiguos— de rejuvenecimiento existen en la Iglesia actual, lo que hace falta es que veamos todos claramente que conducen a algo decidida y radicalmente positivo para los hombres de hoy, y que los cristianos no estemos siempre a remolque de la mayor valentía social de los que no lo son, sino que favorezcamos sinceramente, y con total autonomía de condicionamientos eclesiásticos paternalistas, «una sociedad más humana para todos los hombres», como acaba de pedir Pablo VI, y no sólo para los privilegiados.

Pero mi preocupación es siempre la misma: este tímido rejuvenecimiento, ¿no es más de apariencia que de realidad? ¿No es demasiado lento? Eso es lo que parece, y, en este caso, llega hoy —y llegará mañana— demasiado tarde para muchos.

MIRET MAGDALENA